

## El compadrazgo y los santos

José Genis\*

Dentro del estudio antropológico de los sistemas de parentesco, existe un conjunto de relaciones sociales que se caracterizan por no estar basadas en la consanguinidad ni en la alianza matrimonial, sino en determinados rituales religiosos, y sustentan diversas instituciones sociales y sistemas simbólicos; clásicamente se denomina a ese conjunto de relaciones sociales como: parentesco ritual. El compadrazgo es la variedad más extendida empíricamente del parentesco ritual, su fortaleza como institución social y su complejo contexto simbólico abarca muchos temas sociales. Aquí haremos hincapié en la presencia del compadrazgo tanto en contextos de crisis social como en la vasta mitología que inviste a los santos recreados por la religiosidad popular.

En primer término, al inicio de la guerra cristera, en la biografía de los santos canonizados en mayo del 2000 por Juan Pablo II se presentan escenarios que nos recalcan la relevancia del compadrazgo como institución normativa en nuestra cultura.

El ejército federal que tenía que combatir a los rebeldes cristeros tenía extracción popular y el origen social de los reclutas incluía a indígenas tomados en leva; incluso, en julio de 1927 se hizo movilizar del territorio yaqui, definitivamente pacificado, veinte unidades, compuestas por las quince victoriosas y por cinco batallones yaquis enrolados tras la derrota. Las unidades militares movilizadas hacia Jalisco pasaron de cuatro a doce ese mismo año [Meyer 1997, p. 30] Sin embargo, algunos soldados eran originarios de la propia zona del conflicto, en el occidente de México.

Se desató una verdadera persecución religiosa, todo cura descubierto en el campo era fusilado o ahorcado y todo acto religioso era un delito castigado con la muerte.

Era en ese contexto donde se presentaron las siguientes gestas.

Primero, el caso del martirio de José María Robles Hurtado, quien era cura párroco de Tecolotlán, Jalisco. Con motivo de la persecución religiosa se ocultó cerca de su feligresía, pero fue descubierto el 25 de junio de 1927, cuando iba a celebrar misa, y fue llevado al cuartel. La madrugada siguiente fue escoltado camino a la sierra de Quila. Al llegar a la parte más alta de la sierra comprendió que lo iban a ahorcar. El padre Robles reconoció en uno de sus verdugos a su compadre Enrique Vázquez y le pidió que no se manchara las manos; por lo que él mismo

tomó la soga, la bendijo y se la autoimpuso al cuello. Enseguida fue colgado [Valdés y Havers, pp. 77-81 y Saucedo, pp. 91-2]

Más dramático, es el caso de José Isabel Flores Varela, quien estaba asignado a la capilla de Matatlán, Jalisco. En el auge de la persecución religiosa, el padre Flores permaneció en las inmediaciones de su capellanía, hasta que fue denunciado. Una partida de militares salió en su busca la madrugada del 13 de junio de 1927. Lo encontraron cuando se dirigía a un rancho para decir misa, lo despojaron de su cabalgadura y a pie llegó al antiguo curato de Zapotlanejo, que había sido convertido en cuartel. Le propusieron la libertad a cambio de que firmara la aceptación de las leyes antirreligiosas, pero se negó. En castigo, el sacerdote de 61 años fue colgado de las axilas durante tres días, sin alimento. En la madrugada del 21 de junio de 1927 fue escoltado por varios soldados al panteón de Zapotlanejo. Echaron una soga a la rama de un árbol y ahorcándolo comenzaron a martirizarlo subiéndolo y bajándolo. Después sacaron una pistola para dispararle.

El padre Flores muy sereno, les dijo a sus verdugos —textualmente, según testimonio rescatado por Valdés y Havers, p. 76—:

— *“Así no me van a matar, hijos; yo le voy a decir cómo; pero antes, quiero decirles que si alguno recibió de mí algún sacramento, no se manche las manos”*

Uno de los que estaban ahí, el que había sido señalado para matarlo, dijo:

— *“Yo no meto las manos; el padre es mi padrino; él me dio el bautismo”*

El jefe militar, muy indignado, amenazó:

— *“Te matamos también a ti”*

El soldado respondió:

— *“No le hace, yo muero junto a mi padrino”*

y de un balazo lo mataron.

Entonces, se afirma que cuando intentaron fusilar al sacerdote, las armas se trabaron y no pudieron disparar. Para matar al clérigo, un esbirro tuvo que echar mano a su machete para degollarlo [Valdés y Havers, pp. 74-6 y Saucedo, pp. 90-1]

Estas dramáticas escenas del martirio de los sacerdotes canonizados, nos hacen constatar vívidamente la fuerza del compromiso adquirido por el compadrazgo.

Correlativamente, en un estudio del sacerdote y antropólogo Segundo Montes, sobre el compadrazgo en la sociedad salvadoreña, se señala que durante la revuelta campesina de 1932, y en la subsiguiente represión sangrienta, hubo varios casos donde los compadres que pertenecían a bandos contrarios se ayudaron, incluso se salvaron de peligro de muerte [Montes *passim*]

Por otra parte, también es importante constatar como el compadrazgo ha servido de base mitológica, sobre la cual se ha estructurado la hagiografía de los santos populares, producto de la imaginaria folklórica.

Por ejemplo, en la tradición mitológica de la religiosidad española, existe un santo especialmente sustentado en el compadrazgo: San Ramón Nonato (es decir, no nacido) Santo catalán del siglo XIII y patro-

no de las parteras. El siguiente relato fue recopilado por George Foster:

*“La madre de Ramón, mujer de noble familia, murió repentinamente al comenzarle los dolores del parto y, a causa de la consternación que este suceso inesperado produjo, fue olvidada la criatura nonata. Según la leyenda, un pariente llamado Ramón, Vizconde de Cardona, abrió con su daga el vientre de la madre, en contra de los consejos de los demás que le hacían ver que ya habían pasado varias horas desde su muerte. A la primera incisión, salió la diminuta mano del futuro santo, en ademán de súplica y de esperanza, y al terminar la operación, apareció un hermoso niño. Se le nombró Ramón, en homenaje a su salvador (y padrino) y Nonato para recordar las condiciones de su venida al mundo” [Foster, p. 203]*

Respetando, así, cierta tradición ibera de asignar a los ahijados con el mismo nombre que el de sus padrinos bautismales.

Brevemente, en la biografía del santo nonato [Santidrán y Astruga, p. 342] se señala que ingresó a la orden de la Virgen de la Merced y se dedicó a la redención de los cautivos durante las guerras contra los infieles, dos veces se entregó como rehén hasta que se pagara el rescate de otros cristianos y en una ocasión le perforaron los labios cerrándolos con un candado, tormento que le infringieron los moros porque no cesaba de predicar [Ferrando, p. 236] Correlativamente, en la ritualística de la religiosidad popular en la ciudad de México encontramos, en la Parroquia del Campo Florido, situada en los barrios bravos de la Colonia Doctores y muy cerca de la célebre Buenos Aires, que en el nicho donde está la imagen de San Ramón Nonato hay una gran cantidad de pequeños candados metálicos acompañados con manuscritos en pedacillos de papel con peticiones para “hacer más llevadera” una reclusión o para aligerar el tiempo de alguna condena carcelaria.

Por otra parte, la relación del compadrazgo también sirve de base para estructurar los mitos sobre los santos apócrifos de la religiosidad popular, santones que no son aceptados por la Iglesia pero que popularmente reciben un especial culto (*cfr.* Genis, 2000) Uno de los más célebres santos apócrifos mexicanos es Jesús Malverde [*apud.* Saucedo, pp. 130-2] De haber existido, pues no ha podido comprobarse su existencia, Malverde habría nacido allá por el año de 1870 en Culiacán, Sinaloa. Siendo campesino honrado, debió robar por estricta necesidad. Era un ladrón que hacía ‘el mal a los menos y el bien a los más’, pues robaba a los ricos y repartía el producto entre los pobres. Dentro de la caracterización teórica de Hobsbawm [1974] era un bandolero social que produjo una canalización política antiautoritaria en sectores campesinos; más aún, invistiéndolo con simbolismos sobrenaturales. Ya en vida tenía dones milagrosos que le permitían, por ejemplo, cambiar de apariencia y ser bilocalista (es decir, diversos testigos afirmaban que estaba en dos lugares distintos al mismo tiempo)

Convertido en el dolor de cabeza para el gobierno local, el gobernador Francisco Cañedo ordenó una persecución feroz. Según algunas variantes de su leyenda, incluso se raptó a la hija del gobernador.

De acuerdo con algunas narraciones, el 3 de mayo de 1909 se ubica como la fecha de su muerte y, según otras versiones, fue el día en que resultó gravemente lesionado durante un tiroteo, pero no aprehendido.

Entonces, herido de muerte remontó la sierra de Sinaloa para ocultarse; en tanto, el gobernador puso precio a su cabeza. Se dice que el gobernador aumentaba el monto de la recompensa conforme pasaban los días. Pero Malverde, consciente de que la bala que lo había alcanzado resultaría fatal, resistió para aumentar la bolsa y así beneficiar a un compadre al que le pidió que lo entregara cuando lo viera a las puertas de la muerte, a fin de que, así, el compadre se llevara una buena cantidad de dinero para repartir entre los pobres.

Se supone que, ya en manos de la autoridad, fue ahorcado y su cadáver expuesto, con la prohibición expresa de que fuera sepultado. Pasado el tiempo, donde estaba el mezquite en el que fue colgado, el pueblo erigió una pequeña capilla que ahora es insuficiente para la cantidad de peregrinos que la visitan. En ella se colocó un busto sencillo en que se aprecia la imagen de un hombre maduro, trigueño, típico del noroeste mexicano, que viste camisa vaquera con pañuelo al cuello y usa un recortado bigote. Aunque se le reconocen milagros después de muerto, no lo llaman santo sino “ánima”, siendo consecuentes con la ortodoxia de no llamar santo a quien no sea reconocido como tal por la Iglesia. Le piden favores y le agradecen por una buena cosecha o venta de *Cannabis sativa*, o por haber salido sanos y salvos de situaciones peligrosas o violentas; su escapulario en el pecho es amuleto imprescindible. Su particular condición de hombre de pueblo que mediante el delito busca el beneficio propio y de los demás, lo ha convertido en el santo patrono de los narcotraficantes; quienes han usado su intercesión en los delicados asuntos de llevar y traer polvo, hierba y dólares.

Ahora es venerado no sólo por los sinaloenses, sino que a su santuario llega gente de Michoacán, Jalisco, Baja California y Estados Unidos. Su tumba en Culiacán funciona como una auténtica capilla de culto; como exvotos le llevan grandes placas metálicas y suntuosos arreglos florales. La fama de Malverde, por no decir que su veneración, se ha extendido a ciudades como Tijuana y, allende las fronteras, Los Ángeles, California, y Cali, Colombia, donde ya se le puede visitar en sendas capillas sucursales.

Por otra parte, entre otros universos mitológicos que se sirven de la peculiar relación del compadrazgo [Genis, 1991], en el área cultural de la región mayanese, se ha descrito un ceremonial de visitas recíprocas de las comunidades durante las fiestas de sus santos patronos. Estas visitas están presentes en casi todo el mundo; pero, insisto, se acompañan de una asociación especial con el compadrazgo en diversas comunidades de El Salvador, Guatemala y México. Donde incluso se presenta a los santos, dentro de su rica mitología, como seres con personalidad y actitudes mundanas.

Así, el maestro Ricardo Pozas describió la siguiente relación entre los tzotziles de Chamula:

*“Existen grupos de pueblos que, durante las fiestas del santo tutelar, se visitan mutuamente; San Andrés, Santa María Magdalena y Santiago, forman uno de esos grupos; la invitación a la fiesta de cada uno de ellos se hace con todos los protocolos de las costumbres indias. Cuando salen las vírgenes[...] a la fiesta de San Andrés, van con cada una de ellas seis cuidadores que tienen prohibido beber aguardiente para proteger la virginidad de las santas,*

*e impedir que San Andrés abuse de ellas; las vírgenes están solamente un día en la fiesta de San Andrés, pero no juntas, para que no haya celo; primero va Santa Martha y al día siguiente Santa María Magdalena.*

*Cuando Santiago visita también a San Andrés, lo hace después de que lo han hecho las vírgenes, ya que ha pasado la fiesta, porque Santiago es muy pobre, como su pueblo, y no quiere recibir humillaciones” [Pozas, pp. 119-21]*

El antropólogo y sacerdote Eugenio Maurer encontró este tipo de ritos en otra zona de Chiapas, en Guaquitepec. Los pueblos se visitan alternadamente los días que se celebran los santos patronos de cada poblado, haciendo fiestas que duran hasta una semana. Maurer describe que al momento final de estos festejos se le denomina “*lajix kumpirali*” (“fin del compadrazgo”, en tzeltal), argumentando que este término: “[...] indica el fin de la Fiesta [de los santos tutelares], en la cual la unión ha sido tan íntima que puede semejarse a la que debe reinar entre los compadres” [Maurer, pp. 304-7]

En ese sentido, en una región indígena de El Salvador, el sacerdote y antropólogo Segundo Montes obtuvo el siguiente relato:

*“[Como otros poblados...] Los pueblos Santa Catarina Masahuat y San Lucas Cuisnahuat son ‘cumpas’ [compadres] entre sí y sus patronos (Santa Catarina y San Lucas) son compadres [también] Todos los años, para la fiesta, salen de ambos pueblos sus moradores, con las andas engalanadas de sus santos, y se juntan en un río que está más o menos a mitad de camino de los dos pueblos. Allí tienen sus fiestas, bailan, se bañan en el río y pasan un día agradable, mientras a los santos, a los que han celebrado con alguna ceremonia religiosa, oraciones y cantos, los han dejado a la sombra de algún árbol.*

Uno de tantos años, algún tiempo después de ese encuentro en el río, los habitantes del pueblo Santa Catarina Masahuat se dieron cuenta de que la imagen de la patrona se estaba desfigurando, y que su abdomen estaba abultado; más aún, con el pasar de los días iba creciendo. La sorpresa y la indignación de la gente fue aumentando, y la única interpretación que encontraron era que el santo compadre, San Lucas, la había violado mientras estaban en la fiesta del río. Hasta tal punto llegó la indignación del pueblo, que decidieron ir a San Lucas Cuisnahuat a reclamar al santo y a su gente, y liquidar el problema por la fuerza. Alguien, temeroso de que la sangre pudiera llegar al río, les convenció de que debían calmarse y no llegar a las manos, y dejar en el misterio el asunto que no podían comprender.

*Una señora piadosa del pueblo, al ver como iba creciendo el abdomen de la santa, juzgó oportuno cambiarle el vestido que ya no le quedaba adecuado. Hicieron un vestido nuevo a la santa. Cuando le quitaron el viejo, para ponerle el nuevo, hallaron un enjambre de abejas que se había cobijado entre el vestido y la santa” [Montes, pp. 44-6]*

## B I B L I O G R A F Í A

FERRANDO Roig, Juan, *Iconografía de los Santos*, Barcelona, ed. Omega, 1950.

- FOSTER, George M., *Cultura y conquista. La herencia española de América*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1985.
- GENIS, José, "Hipótesis estructurales sobre el compadrazgo", en *Palabras devueltas. Homenaje a Lévi-Strauss*, México, I.N.A.H., 1986, pp. 179-192 (col. científica, 157)
- GENIS, José, "Mitos asociados al compadrazgo: aproximaciones a la variación regional", en *Piezas para un rompecabezas regional*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1991, pp. 33-40 (col. cuadernos de antropología)
- GENIS, José, "San Simón: santón de la religiosidad popular", México, XIV Congreso "Estado, Iglesias y Grupos Laicos", octubre del 2000.
- HOBBSAWN, Eric, "El bandolero social", en *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, ed. Ariel, 1974, pp. 40-52 (col. ariel quincenal, 90)
- MAURER, Eugenio, *Los tseltales*, México, Centro de Estudios Educativos, 1983.
- MEYER, Jean, *La Cristiada*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1973.
- MEYER, Jean, *La Cristiada*, México, Clío, 1997 (Vol. II: "La guerra")
- MONTES Mozo, Segundo, *El Compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador*, San Salvador, Universidad Centroamericana (UCA), 1979.
- POZAS Arciniega, Ricardo, *Chamula: un pueblo indio de los Altos de Chiapas*, México, I.N.I., 1977 (Tomo I)
- SANTIDRIÁN, Pedro y Ma. del Carmen ASTRUGA, *Diccionario de los Santos*, Pamplona, ed. verbo divino, 1997.
- SAUCEDO Zarco, Carmen, *Historias de los santos mexicanos*, México, Planeta, 2002.
- UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, *Noviembre de 1989: el asesinato de los jesuitas en el Salvador*, México, Universidad Iberoamericana (UIA), 1990.
- VALDÉS Sánchez, Ramiro y Guillermo Ma. HAVERS, *Tuyo es el Reino. Mártires mexicanos del siglo XX*, México, Librería Parroquial de Clavería, 1992.